

# Madres Irlandesas

---

## *MARÍA DE PABLO-ROMERO*

**Fundadora:** María Ward

**Lugar y año de fundación:** Saint Omer, Países Bajos, 1609.

**Fecha de aprobación pontificia:** 15 de febrero de 1877.

**Nombre oficial de la Congregación:** Instituto de la B.V.María.

**Fin específico:** Servir a la Iglesia en la defensa y propagación de la fe.

**Actividades propias de la Congregación:** Educación y formación cristiana de los jóvenes. Actividad misionera y evangelizadora atendiendo a las necesidades de nuestro tiempo.

**Número de profesas perpetuas:** 3.511.

**Número de profesas temporales:** 307.

**Número de novicias:** 202.

## INTRODUCCIÓN

Cuando en la Iglesia se han ido creando Congregaciones Religiosas es porque se ha tenido que responder a necesidades concretas. Cada Instituto nace señalado por un carisma que responde a esa necesidad.

El Instituto de la B.V.María, (conocido en España con el nombre de Madres Irlandesas) tiene como fundadora a una mujer inglesa combativa y valiente, decidida y profeta en su tiempo, que abrió nuevos derroteros en la historia. En el primer Congreso Mundial del Apostolado Seglar (8 de diciembre de 1951) Pío XII la llamó "mujer incomparable que, en las horas sombrías, dio Inglaterra a la Iglesia Católica".

María Ward pionera del apostolado seglar y de la mujer religiosa apostólica pagó muy caro este arriesgado privilegio. Su heroica constancia, los sufrimientos, el combate y la derrota final son los precios que tuvo que pagar antes de ser reconocida universalmente como precursora de los movimientos de liberación de la mujer y de la lucha por su educación y preparación para la vida. Su visión de futuro hizo posible las formas más diversas de acción apostólica en los Institutos religiosos femeninos de estos últimos siglos.

### **DATOS DE UNA VIDA Y UNA OBRA**

Si María Ward evoca con su vida a los personajes de las grandes tragedias griegas, el escenario que le tocó vivir no podía estar más a tono. El siglo XVI fue un tiempo de gran inestabilidad en la Iglesia y sobre todo en Inglaterra donde el segundo de los Tudor, Enrique VIII, persiguió y abatió una fe y una unidad cristiana construida desde siglos.

En 1585, reinando ya Isabel I, nació en el corazón del Condado de York María Ward, perteneciente a una de las familias con más pura y vieja raigambre católica y cuyos miembros se vieron poco a poco privados de sus propiedades y de su libertad por defender una fe y unos principios católicos. Esto explica la diversidad de domicilios por donde vivió y fue educada en los primeros veinte años de su vida.

Cuando María había decidido algo, nada la echaba atrás. Era directa y objetiva y nunca actuaba llevada de un impulso emocional. Así pues, decidida a seguir los pasos de una vocación religiosa y ante la imposibilidad de realizarla en Inglaterra, se embarcó rumbo a los Países Bajos en 1606 para entrar en las Clarisas de St. Omer. Pero Dios le tenía asignada otra misión y no le llamaba al retiro contemplativo del claustro, sino a levantar la bandera de la defensa de la fe en su propia tierra.

Volvió a cruzar el canal y se instaló en Londres para hacer allí todo el bien posible en un apostolado directo con una actividad incansable. Estaba en todas partes: con los pobres, con los ricos, con los encarcelados, con los enfermos y con todos aquellos que la necesitaban animando con su presencia a los vacilantes en la fe. Aquí vio que se le abrían amplios horizontes de servicio a los demás, hasta entonces insospechados para la mujer.

En este ambiente heroico fue donde la vocación le llegó a una madurez definitiva. A los nuevos tiempos y a las nuevas dificultades, sintió ella la necesidad de oponer nuevos métodos y nuevas opciones. En el contacto personal directo con las realidades del apostolado que aquella hora necesitaba, vio la urgencia de fundar una congregación femenina con facilidad de movimiento, sin claustro, sin hábitos monásticos, que se ocupase en las diversas tareas de defender y promover la fe, fijándose muy especialmente en la juventud.

A esta voluntad férrea y decidida con la que María Ward buscaba, por encima de todo, la voluntad de Dios, iba unida su enorme personalidad y notable humanidad junto con una gran simpatía a la que no había más remedio que rendirse. Todo esto explica que, apenas tomó contacto con jóvenes, un grupo de ellas se puso irrevocablemente en sus manos para seguirla a donde quiera que fuese.

Con ellas vuelve a St. Omer; aquí llevaron una vida comunitaria y se dedicaron a la educación de la juventud, fundando el primer colegio para niñas al estilo del que muy cerca tenían los jesuitas. Este fue el modesto comienzo del nuevo Instituto que ella iba a fundar. Fueron aquellos años decisivos como lo son, para todo Instituto religioso, sus comienzos. La Iglesia se iba a enriquecer con una institución de índole nueva, enteramente distinta de lo que hasta entonces habían sido las órdenes religiosas femeninas.

Fueron llamadas desde el principio las "Damas inglesas" (al no ser consideradas monjas) y con este nombre se quedaron pese al calificativo de "jesuitisas" con que a veces se les llamó, por su empeño en reproducir la forma de ser y de actuar de los jesuitas. Con esta segunda vuelta a St. Omer, había un horizonte más despejado y una ilusión más esperanzadora. Era 1609, María Ward tenía 24 años.

El Derecho Canónico de aquel tiempo insistía en que las nuevas órdenes tenían que tomar las Reglas que ya estaban aprobadas por la Iglesia. Pero estas Reglas sólo aludían a monjas de clausura, única forma admitida hasta entonces para las mujeres. El ideal de María Ward de ejercer una labor apostólica requería libertad para entrar y salir, para ir vestidas como fuera necesario en las distintas circunstancias y dependiendo directamente del Papa, no de los Obispos. Para ello sólo había unas Reglas que se adaptaban a su idea: las de S. Ignacio de Loyola. Así pues se encontró situada frente a un problema de índole práctico y urgente solución. Tenía que compaginar la vocación a la vida religiosa con el particular deseo de dedicarse al apostolado directo, sobre todo a la educación de la juventud femenina.

En las cabezas de los hombres de la Iglesia de la época no cabía la idea de que las mujeres pudieran ocupar un puesto de vanguardia en el apostolado directo. La reivindicación de la mujer estaba lejos todavía y sus derechos y dignidad no se contemplaban. Las gruesas paredes monacales y los amplios hábitos eran juzgados necesarios para proteger la fragilidad del así llamado "sexo débil". El Señor le dio a entender su vocación precisamente cuando el Concilio de Trento había venido a recalcar la importancia de la clausura. Entonces se pensaba que "las monjas donde mejor estaban era encerradas" y se creía que la mujer no servía para hacer nada importante.

A partir de 1611 y después de que Dios le hizo comprender que "tomara las mismas Constituciones de la Compañía de Jesús", María Ward encauza definitivamente la labor apostólica del incipiente

Instituto. Ella vio providencialmente que lo que Dios le hacía desear estaba ya magistralmente planeado por Ignacio de Loyola en las Reglas de la Compañía y se sintió movida a adoptarlas en bloque. Tuvo la originalidad de ser la primera que luchó por este fin para todas las religiosas sin clausura de los tiempos venideros: las que trabajan en la educación, con enfermos, en misiones, y las que se ocupan en obras sociales de toda índole.

Funda, por lo tanto, una Compañía de Jesús para mujeres poniéndose por nombre "Madres de la Compañía de Jesús". Pretendió realizar en el campo femenino algo parecido a lo que S. Ignacio había realizado con su moderna fundación en las mismas circunstancias históricas. Hay que hacer un esfuerzo grande para olvidar lo normal y corriente que, después de María Ward, ha sido para muchos Institutos religiosos femeninos el adoptar las reglas de S. Ignacio. Los nuevos elementos que introdujo solamente podían echar raíces a fuerza de tiempo. María Ward, como Ignacio de Loyola, recibió la gracia de ser "contemplativa en la acción", encontrando a Dios en todas las cosas y a ras de la experiencia de cada día, va buscando en todo su voluntad, y, porque fue mujer de oración, se lanzó a todos los campos de la acción apostólica.

De acuerdo con su carisma, el Instituto fundado para la defensa y propagación de la fe, dirigió de una manera especial su apostolado hacia la educación de la juventud, medio privilegiado para llevar a cabo la evangelización. También, con gran amplitud de miras, respondió a las necesidades de su tiempo y del medio y cultura a donde fueron enviadas sus miembros. Por tanto, aparte de los colegios, el Instituto trabajó en misiones de todo tipo atendiendo allí donde existía una necesidad humana o espiritual.

Había llegado el momento de dar pasos más eficaces en orden a la aprobación Pontificia. Establecidas las bases de su Instituto, había presentado al Papa Paulo V en 1616 un "Memorial" en el que exponía el plan de su fundación, pero, queriendo salir del periodo de provisio-

nalidad, decidió ir personalmente a Roma a gestionar el asunto con la Santa Sede. Para entonces ya había abierto casas y colegios en Londres, Liège, Tréveris y Colonia. En 1621 y en plena guerra de los 30 años se pone en camino desde Bruselas en una marcha a pie que duró desde octubre a diciembre atravesando los Alpes en pleno invierno y llegando a Roma en Navidad.

Ella sabía que la causa era difícil, pero confió en Dios y en la postura amable del Pontífice Gregorio XV, el cual le aseguró su ayuda y amistad e incluso escribiendo a la archiduquesa Isabel Clara Eugenia le decía textualmente: "Nos alegramos de que muchas mujeres se agrupen bajo la bandera que ella levanta". El Papa le permitió abrir colegios en Roma, Peruggia y Nápoles. Pero los enemigos no andaban ociosos y pronto se empezó a mirar con malos ojos la labor de estas mujeres, sembrando cizaña a su alrededor. Su causa en Roma estaba prácticamente perdida y nadie, ni eclesiásticos, ni seculares, ni jesuitas ni clero defendieron su postura.

Muerto Gregorio XV le sucedió Urbano VIII y de nuevo volvió María Ward a pedir la aprobación de su Instituto. Tuvo que defenderse públicamente ante la Comisión de Cardenales llamados para examinar su causa. Con serenidad y energía expuso el plan de su obra en un admirable informe que tuvo a los cardenales pendientes de sus labios durante tres cuartos de hora y mantuvo con decisión y humildad aquellos puntos de la regla que eran obstáculo a la aprobación de la misma.

Como arreciaron las sospechas y ante la imposibilidad de convencer a los Cardenales y de desenmascarar las mentiras de sus enemigos, María Ward dejó Italia y se dirigió a Alemania, a la católica Baviera, en donde Maximiliano I se erigió en protector suyo ofreciéndole la Paradeiserhaus para abrir un colegio. Esta casa habría de ser decisiva en la historia del Instituto. De aquí pasó a Viena, Praga y Hungría para abrir nuevos colegios y defender la formación católica de la juventud femenina. Con tanto éxito visible en su labor apostólica y con tanto reconoci-

miento y admiración de príncipes y obispos, parece imposible que sus enemigos pudieran arruinar su obra. El 13 de enero de 1631 el Papa firmó la Bula *Pastoralis Romani Pontificis* de supresión del Instituto, cerrándose todos sus colegios y mandando a sus casas a más de 300 religiosas que le seguían. El 7 de febrero de ese mismo año María Ward fue encarcelada por orden de la Inquisición en Munich por "herética, cismática y rebelde a la Iglesia". El nombre de Madres de la Compañía de Jesús quedó borrado para siempre. El elector Maximiliano de Baviera, conmovido por tanta desgracia, pidió y obtuvo de Roma dispensa para que las pocas mujeres que le permanecieron fieles pudieran vivir juntas conservando el espíritu que les dejaba la fundadora, como un rescoldo de esperanza.

María Ward, después de salir de prisión, se quedó varios años en Roma y no se dio por satisfecha hasta que el Santo Oficio borró oficialmente la supuesta mancha de herejía y reconoció su inocencia y la de sus seguidoras. También el Papa, ante quien se había arrodillado para decirle: "Santo Padre, yo no soy ni he sido nunca una hereje", le prometió seguir su trabajo en la educación de la juventud, y le consintió a ella y a su grupo seguir viviendo con votos privados, aunque no reconocidas como religiosas.

En 1639 volvió a Inglaterra, su patria, y en ella siguió luchando por la juventud y por su educación, pero la azarosa vida de esos años le obligaron a buscar un rincón más pacífico en su ciudad natal, York, donde muere el 30 de enero de 1645, en su suma pobreza y abandono y con su obra totalmente destruida.

## MISIÓN EDUCADORA

A finales del siglo XVI y principios del XVII, el Renacimiento en Inglaterra estaba en su apogeo ya que, como sabemos, había empezado más tarde que el resto de Europa. En esta época es cuando se dan los

primeros pasos en la educación de la mujer bajo la influencia de pedagogos como Juan Luis Vives (tutor de Catalina de Aragón), Vittorino de Feltre, cuya cultura humanista y cristiana se extendió por Inglaterra, y por supuesto el acreditado sistema jesuítico.

La educación de las niñas en general no había progresado y sólo se les permitía enterarse de lo que se enseñaba a sus hermanos. María Ward necesitaba hacer innovaciones porque su idea de la educación de las niñas distaba del punto de vista general del momento. En primer lugar, pensaba que había que educar a jóvenes de todas las clases sociales y, aunque esta idea no fue sólo innovación suya, sí fue ella la primera en realizarla. También mientras el Concilio de Trento había insistido en acomodar la educación para niñas de acuerdo con la vida conventual, los planes de María Ward fueron ajustar la vida religiosa a las necesidades de la educación. Por eso no nos debe sorprender que se lanzaran contra ella todas las fuerzas conservadoras de la Iglesia. Ni Cardenales ni Concilio le hicieron vacilar, pues ella seguía creyendo que sus cambios expresaban la voluntad de Dios para el futuro.

Para ella las asignaturas eran sólo medios para un fin, que era la formación integral de la persona y también eran menos importantes las asignaturas que la experiencia de la vida. El fin principal que buscaba en toda educación era la formación en la fe, puesto que todo su ideal era la defensa de la fe en Inglaterra y para esto hacían falta mujeres capaces de impartir una formación religiosa tanto en su familia como en la sociedad. Los padres y sobre todo las madres habían de estar preparados para asumir esta responsabilidad, en especial en aquellos países en que existía una persecución religiosa.

Todo esto se lo comunicaba al Papa cuando le decía que tenía un medio de renovación social y cultural. Esta insistencia en la responsabilidad social hacía que sus educadoras no pudieran vivir en clausura totalmente separadas del mundo, sino todo lo contrario, por medio de la educación tomaban parte en la formación de actitudes sociales y

María Ward estaba de acuerdo con los humanistas renacentistas en que la virtud tiene un aspecto cívico-social y que educar era mucho más que una formación intelectual, ya que comprendía los problemas cívico-morales y estéticos de su tiempo en un mundo complejo, ambiguo y moralmente inquietante. Tanto esto como su valoración del nuevo papel de la mujer causó la enemistad de los eclesiásticos más conservadores educados en una larga tradición de antifeminismo. El hincapié que hizo en los derechos de la mujer refleja un conocimiento de que, por causa de sus cualidades psicológicas, la mujer tiene mucho que contribuir en la humanización del mundo de su época.

Concebía el colegio como un lugar donde todo el mundo podía y debía ser íntegro con la capacidad para dar, perseverar y respetar una vida recta y valiente enraizada en los valores de libertad, justicia y sinceridad. Sabemos que exigía mucho a los educadores y era partidaria de una buena preparación profesional. Por otra parte daba gran importancia al testimonio de vida del educador. Se interesaba por las personas y por eso llegó a convencerse de que la solución para el futuro se encontraba en los colegios.

## **EL INSTITUTO SIGUE ADELANTE**

A la muerte de María Ward sus pocas seguidoras quedaban repartidas en tres comunidades: York, Roma y Munich, estando en esta ciudad el único colegio que logró salir adelante. Estas mujeres nunca cejaron en su empeño educativo y fundacional y mantuvieron el vínculo de fidelidad y lealtad a su fundadora y todo cuanto ella había querido. Lo que mantuvo unidas a las primeras generaciones no fueron unas reglas, sino un espíritu y dentro de él la labor de la educación que salvó al Instituto y le dio coherencia, porque las otras obras que también inició María Ward en Londres estaban todavía muy limitadas por ser mujeres.

Es importante destacar, sin embargo, que a medida que fue pasando el tiempo la auténtica personalidad de esta heroica inglesa fue quedando relegada al olvido. Si se rebuscaba un poco en los viejos papeles de los archivos romanos, eran tantas las acusaciones que se encontraban que la única solución era "echar tierra" sobre el asunto y olvidarla. La rehabilitación va abriéndose paso poco a poco en estos últimos tiempos tras arrastrar acusaciones inmerecidas durante más de tres siglos. A pesar de todo, la gran obra suya sobrevivió sin solución de continuidad. Esto era lo importante: que ella misma y su espíritu fue transmitiéndose en generaciones posteriores hasta nuestros días.

La historia del Instituto de la B.V. María, como fue llamado a partir de 1703, es rica y complicada a la vez. Las tres casas que quedaron en pie fueron germen de futuras fundaciones. Durante el siglo XVIII, éstas se sucedieron por todo Centro Europa, pero fue una época de guerras y, como el Instituto no tenía reconocido su gobierno por medio de una Superiora General, fue cayendo bajo la autoridad de obispos y el favor de príncipes que lo desmembraron en casas autónomas y en Generalatos independientes dentro de un gran Instituto.

En 1749 el Papa Benedicto XIV a través de la Constitución *Quamvis Iusto* reconoce legalmente el cargo de Superiora General diciendo: "Dejad que las mujeres sean gobernadas por mujeres"; sin embargo, prohibió llamar a María Ward fundadora del Instituto. Por esta época la gran obra llevada a cabo en Europa por las hijas de María Ward se ve de nuevo destruida en su totalidad con la expulsión y secularización de las religiosas y por las guerras napoleónicas que posteriormente suprimieron las comunidades.

A principios del siglo XIX empiezan a florecer las fundaciones en Irlanda y, debido al espíritu misionero de este país, el Instituto conoce uno de los momentos más importantes de su expansión por el mundo: fueron pioneras en la India, Mauricio, Canadá, Australia, Africa y también en esta época se llega a España a través de Gibraltar. La edu-

cación en Irlanda era de gran calidad y estaba muy al día debido a la lucha que siempre había mantenido la Escuela Católica frente a la Protestante. La tradición del Instituto, emanada de York, seguía las consignas que, sobre educación, había dado María Ward y la formación de la mujer y su educación integral y libre contrastaban con la situación vivida en España por la mujer relegada a un segundo plano.

Por eso empezaron a llamar la atención los métodos avanzados y liberales de esta educación más a tono con las costumbres de Irlanda e Inglaterra que con las de España. No conviene, sin embargo, olvidar la situación tan compleja vivida entonces en España. La tensión entre cultura moderna e Iglesia se había ido convirtiendo de modo creciente en signo de la época. Así se explica que el proceso de laicización tuviera como objeto privilegiado la escuela y la enseñanza; de ahí que en esta época surja la Institución Libre de Enseñanza frente a instituciones religiosas dedicadas a la enseñanza y con fórmulas más tradicionales y conservadoras.

A pesar de que el Instituto se fue abriendo a fórmulas más complejas y diversas de servicios apostólicos sobre todo en campos de misión según los signos de los tiempos, es evidente que en el terreno de la educación habría que labrar y preparar a la juventud de forma inmediata para luchar por un mundo más justo y libre. Se explica que el Instituto creciera en esta época con un signo específico y claro, muy comprometido con la educación y sin cejar en ir liberando a la mujer de las ataduras de una sociedad cerrada y estancada en el pasado.

## **EL INSTITUTO HOY**

María Ward, mirando a sus primeras compañeras, dijo: "Estas siete son mías, serán fieles hasta el final". El futuro del Instituto necesita, como necesitó siempre, mujeres fieles, valientes y sembradoras de esperanza en el mundo. Hoy, el espíritu y la obra de María Ward está

presente en los cinco Continentes. Siguiendo su carisma, el Instituto tiende a realizar su labor a través de múltiples obras apostólicas. Pero su trayectoria ha sido primordialmente la educación y el servicio de la juventud. Hoy, por tanto, sigue comprometido en este campo buscando formas nuevas de acuerdo con los tiempos nuevos. A esta sociedad que despunta en los albores de un siglo, corresponde un esfuerzo para afrontar con valor los retos de una escuela más pluralista y participativa.

Se deben:

- Promover los valores de justicia, libertad, sinceridad y convivencia.
- Buscar una educación integral, responsable y dinámica.
- Crear cauces de inserción social posibilitando a los jóvenes a ser agentes de cambio y protagonistas de su historia.

María Ward, como Ignacio de Loyola, miró atentamente al mundo de su tiempo para descubrir sus interpelaciones. Si el Instituto quiere permanecer fiel a su carisma, debe responder a la llamada de Cristo que muere y resucita en medio de las miserias y aspiraciones de los hombres y con un compromiso resuelto por la promoción de la justicia. Educar para la justicia significa ayudar a la juventud para que tome parte en esa experiencia básica de compartir la propia vida con los demás y de comprender y experimentar que las posesiones más preciadas del hombre deben ser sus prójimos. Por tanto la no discriminación supone dar igualdad de oportunidades a todos.

De acuerdo con los signos de los tiempos, la misión evangelizadora del Instituto actúa desde:

- Una opción preferencial por los pobres que impulsa a nuevas formas de trabajo apostólico, nuevas zonas marginadas y, en general, a trabajar en grupos humanos más necesitados desde el punto de vista físico y espiritual.

- Una mayor constatación de situaciones injustas y estructurales, que empuja a lograr soluciones comprometidas con el anuncio del Evangelio.
- Una mayor inserción en la Iglesia local y en sus programas pastorales (catequesis, movimientos juveniles, etc.).
- En otras misiones apostólicas tales como: pastoral de prisiones, de campos de refugiados, de emigrantes; dirección de Ejercicios, casas de espiritualidad; atención a enfermos, dispensarios; asistencia social, etc.

Pero es en el campo de la enseñanza donde tenemos el reto planteado, y es verdad que nuestra vocación educadora se puede realizar de muy diversas maneras siendo evidente un quehacer muy variado, muy complejo, y que puede ser ejercitado por personas muy diversas. Tenemos en nuestras manos la construcción de unos cielos nuevos y una tierra nueva desde los valores del Reino. Ser educador hoy es un compromiso que hay que testimoniar y transmitir con una presencia significativa y esperanzadora.

El Instituto de la B. V. María debe asumir este compromiso intentando un estilo de ser y de actuar fomentando unas actitudes y unos valores profundamente humanos y específicamente cristianos, con fidelidad a un espíritu y al servicio de una juventud de finales del siglo XX.

En 1985, con ocasión del IV Centenario del nacimiento de María Ward, el Papa Juan Pablo II dirigiéndose a los jóvenes congregados en Roma en la Peregrinación Internacional de sus Colegios les decía:

*"Jóvenes de los Colegios María Ward, antes de que vosotros dejéis Roma para volver a vuestras casas y familias, animaos a dar vuestra respuesta a Cristo.*

*El no os fallará, como nunca falló a María Ward, no obstante las grandes dificultades que tuvo que sobrellevar -mala salud, viajes peligrosos, encarcelamiento; sobre todo, el no ser comprendida por parte de personajes importantes de la Iglesia-; en todo eso ella jamás perdió su confianza y su buen humor. Y mirad cuán fecunda ha sido su vida, y esto porque ella fundó toda su vida sobre la amistad con Jesús.*

*A los Miembros del Instituto, que tiene por Fundadora a esta "Mujer incomparable" como la llamara Pío XII, a ellos quiero expresar mis saludos y mi aprecio. La Iglesia entera admira la obra que vosotras estáis haciendo en la formación de la juventud y en otras formas de apostolado, en varias partes del mundo. Como Miembros del Instituto de la Bienaventurada Virgen María, encontráis en el carisma de vuestra Fundadora la sabiduría y el conocimiento necesarios para perseverar en la misión que Cristo os ha confiado. Continúad viviendo vuestra vocación con alegría y humildad, como verdaderas hijas de aquella Peregrina de la esperanza, cuyo tesoro imperecedero fue la vida de la gracia que llevaba dentro y de la cual sacó fuerzas y energías para una obra que, por su dinamismo y creatividad, a muchos de sus contemporáneos les parecía inusitada e inexplicable.*

*Que la Santísima Virgen interceda por vuestro Instituto, a fin de que pueda florecer con nuevas vocaciones, dando testimonio de fe, de celo y santidad.*

*A todos vosotros, y a vuestras familias y amigos en casa, yo digo: sed fuertes, sed felices en vuestra vida cristiana. ¡Haced del Señor Jesucristo vuestro mejor amigo!"*